

del número, de la unión, de la disciplina—en el supuesto de que aquí se trata de la educación política—y el aumento de madurez y de fuerza, hay una gran diferencia, diferencia equivalente á la que existe entre el triunfo pasajero y una supremacía definitivamente consolidada.»

Resulta verdaderamente molesto que tengamos que «disputar por el significado de las palabras» para poder deducir con claridad el sentido del párrafo citado. Pero aunque diera lugar á un gran número de interpretaciones, hay que hacer notar que se encuentra al final de una obra de 800 pasajes, obra que resume el trabajo político y científico de veinte años. Si se quiere comprender la frase escultural del resumen, se trata no de discutir palabras, sino de estudiar la obra de Marx, el contenido de sus escritos. Pero ante todo debemos considerar los mismos hechos que nos ofrece la realidad.

Si procedemos de esta manera, encontraremos tres interpretaciones posibles de la «teoría del crecimiento de la miseria,» tres interpretaciones que no se excluyen, sino que, por el contrario, se completan y están entre sí en estrecha relación.

En primer lugar, se puede considerar la frase como expresiva de dos *tendencias* contrarias, una rebajando al proletariado, otra elevándole. El antagonismo de estas dos tendencias no es más que el antagonismo entre el capitalista y el asalariado. Los capitalistas tratan sin cesar—y á ello se ven obligados por la concurrencia—de oprimir cada vez más á sus obreros, de reducir el tiempo de trabajo, de disminuir sus salarios, su independencia, etc. Pero tarde ó temprano, la clase obrera unida y organizada, de la misma manera que la producción ca-

pitalista, tratará de escapar á la opresión y á la esclavitud.

Este es un hecho de todos conocido. Pero cuando ocurre vienen los economistas liberales y dicen: sí, es justo, pero la tendencia del proletariado al empobrecimiento no es más que un fenómeno particular en el comienzo del régimen capitalista y que ya no se reproducirá más adelante. Es inexacto. Lo que desaparecerá son muchos resultados de aquella tendencia á la agravación de la miseria del proletariado, pero no la misma tendencia. Esta hállase ligada estrechamente al sistema de explotación capitalista y no puede desaparecer más que cuando desaparezca el sistema. La tendencia de los patronos á rebajar al proletariado ó por lo menos á oponerse con todas sus fuerzas á las tentativas que hace para elevarse, es una consecuencia natural de la forma de producción capitalista, de la concurrencia, de la cacería de beneficios, que tiende á disminuir constantemente todos los gastos de producción y, por consecuencia, los jornales de los trabajadores. Algunas veces los fabricantes—mirlos blancos por lo raros—llegan á reconocer que los salarios elevados y la reducción de horas de trabajo dan un trabajo más productivo; pero no por ello desisten de su tendencia á agravar la miseria del proletariado. Precisamente esos fabricantes inteligentes son los que intentan reducir el número de sus obreros empleando métodos y máquinas que permiten ganar tiempo á la vez que sustituyen trabajadores hábiles bien retribuidos por trabajadores inhábiles mal pagados. Y por doquiera vemos que se constituyen Sindicatos patronales para acabar de reducir al estado de esclavos sin voluntad á los obreros ya esclavizados y degradados.



Allí donde los obreros consiguen, en parte, educarse como los patronos, que es lo que ocurre en Inglaterra, disminuye la rudeza en las formas de la lucha entre las tendencias capitalistas á la agravación de la miseria y las tendencias á elevarse del proletariado, pero la lucha subsiste y adquiere proporciones cada vez más colosales, puesto que la masa, la homogeneidad, la acometividad de los elementos antagónicos crece constantemente por ambas partes.

Así, pues, en el sentido de una tendencia, ineluctable en la sociedad capitalista y cada vez más pronunciada, tiene Marx perfecta razón para hablar de los progresos de la miseria, de la servidumbre y por otra parte del aumento del descontento.

Pero aún puede admitirse otra interpretación. La palabra *miseria* puede significar *miseria física*; también puede significar *miseria social*. En el primer sentido, la miseria se refiere á las necesidades *fisiológicas* del hombre, necesidades que, ciertamente, no son siempre ni en todas partes las mismas, pero que, sin embargo, no son tan diversas como las *necesidades sociales* cuya falta de satisfacción produce la miseria social. Si se diera á la palabra la significación fisiológica, no sería, en verdad, sostenible la afirmación de Marx. Precisamente en los países capitalistas más adelantados, no es posible observar una progresión general de la miseria física; todo demuestra, por el contrario, que en ellos la miseria física disminuye. La clase obrera vive hoy mejor que hace cincuenta años. Sería un error atribuir este progreso al aumento de los salarios, porque no debe olvidarse que durante ese período de tiempo la vida se ha hecho mucho más cara. Si en los últimos años ha bajado el pre-

cio de los cereales y hasta el de la carne, se ha dejado sentir el movimiento opuesto en otros artículos, especialmente en los alquileres y en los impuestos.

Se alega la disminución del número de pobres, como puede observarse, por ejemplo, en Inglaterra, y se olvida que los Sindicatos y las Cajas de socorros mutuos deben sostener con las contribuciones de los obreros á muchas gentes, sin trabajo, inválidos y enfermos. Estos gastos, que en otras épocas corrían á cargo de la asistencia pública y, por consecuencia, se traducían en un impuesto que pesaba sobre todas las personas acomodadas, hay que restarlos de los salarios cuando se compara lo que son hoy y lo que eran antes.

El progreso no es, ni con mucho, tan grande como parece por el examen de los salarios, y todavía cuando se reduce el valor de los salarios en dinero á su equivalencia en trigo, los resultados son mucho más favorables, porque no se toman en cuenta en este cálculo los víveres cuyo precio ha aumentado.

En ninguna parte han sido las circunstancias tan favorables como en Inglaterra para el desarrollo de la clase obrera. Sidney Webb, tan moderado, tan poco dado á las exageraciones, ha observado los cambios ocurridos desde 1837 en la situación del proletariado inglés y ha deducido lo siguiente:

«Se puede demostrar que, si desde 1837 ha hecho grandes progresos una fracción importante del proletariado, otras fracciones sólo han logrado una parte inferior, si han logrado alguna, en el progreso general de la riqueza y de la civilización. Si consideramos las diferentes condiciones de vida y de trabajo, y nos fijamos un nivel, por debajo del cual



no pueda el obrero vivir regularmente, encontraremos que, en lo concerniente á los salarios, la duración del trabajo, el alojamiento y la cultura general, la *proporción* de los que están por debajo de aquel nivel es menor que en 1837. Pero encontraremos también que el *nivel más bajo de hoy no es más elevado que el de 1837*, y que el número de los que están por debajo del nivel que hemos determinado, *excede en valor absoluto* al número encontrado en 1837. *La miseria es hoy tan profunda como lo haya sido nunca en la época que más y está tan extendida si no más que entonces.* (*Labour in the longest reing*, p. 18.

Diez años antes había obtenido el mismo resultado Federico Engels. En la *Neue Zeit* escribía en 1885 acerca de la clase obrera inglesa:

«Una progresión duradera (data de 1848) sólo puede comprobarse en dos fracciones privilegiadas de la clase obrera. Comprende la primera á los obreros de las fábricas. La determinación, por ministerio de la ley, de una jornada de trabajo razonable, relativamente, por lo menos, ha permitido un mejoramiento en su constitución física y les ha dotado de una superioridad moral que ha crecido aún más por su concentración local. Su situación es, indudablemente, superior á la que tenían en 1848.

»El segundo grupo está formado por las grandes *Trade Unions*. Son organizaciones de las industria en que sólo puede utilizarse el trabajo de los *hombres adultos*. La concurrencia de las mujeres, de los niños, de las máquinas, no ha podido quebrantar sus organizadas fuerzas.

»Los maquinistas, los carpiñeros y ebanistas, los obreros de la edificación, tienen Sindicatos poderosos, tan poderosos, que pueden oponerse victo-

riosamente, como los últimos, por ejemplo, á la introducción de máquinas. Ciertamente ha mejorado su situación desde 1848. La mejor prueba de ello es que al cabo de quince años no solamente sus jefes están satisfechos de ellos, sino que también ellos están satisfechos de sus jefes. Constituyen una aristocracia dentro de la clase obrera; han conseguido crearse una situación bastante confortable y aceptan como definitiva esta situación. Son los obreros modelos de los señores Leone Levi y Giffen y del buen Injo Brentano, y en efecto, son gentes muy agradables, muy abordables por todo capitalista inteligente en particular y por toda la clase capitalista en general. Pero para el resto de la gran masa de los obreros, su miseria, su poca seguridad es tan grande ó mayor que ha sido nunca. «East-End» en Londres es un infierno donde aumentan sin cesar la miseria, la desesperación, el hambre, durante los pasos, la degradación física y moral cuando se trabaja.»

Las anteriores líneas forman *pendant* con las de Webb. Pero si los dos cuadros son verdaderos, si en el Eldorado del trade unionismo de las Sociedades cooperativas, del socialismo municipal, no están más adelantados los obreros, ¿qué diremos de los progresos que han hecho en otras partes?

Si el proletariado necesita un período de tiempo tan largo para librarse de la miseria física, resulta una agravación constante de la *miseria social*, porque la productividad del trabajo crece con inaudita rapidez. Lo cual significa que la clase obrera queda excluida, cada vez en mayores proporciones, de los progresos que son obra suya, y que las condiciones de la vida mejoran más rápidamente para la burguesía que para el proletariado, de



modo que cada vez se ensancha más el foso que separa á las dos clases.

Podría creerse que en una teoría *social*, debía tomarse el concepto de la miseria en el sentido *social*. Bernstein no es de esta opinión. En la concepción de la miseria como fenómeno social, no ve otra cosa sino la renuncia de la «teoría de la miseria», no una renuncia «franca»—nosotros los «apologistas», y los «abogadillos» somos incapaces de ella—sino «por lo menos hasta el punto de hablar sólo metafóricamente».

«Es, dice en la edición alemana (este párrafo está suprimido en la edición francesa, pero es importante para la cuestión que ahora tratamos) lo que hace H. Cunow en su artículo sobre la teoría catástrofica. Cuando Marx, al final del primer tomo del *Capital* habla del aumento de la miseria, consecuencia de la forma de producción capitalista, añade que no debe entenderse por esto una regresión absoluta de las condiciones económicas de la existencia del obrero, sino más bien «una regresión de su situación social relativamente con los progresos de la cultura, por consecuencia relativa del aumento de la productividad y de las nuevas necesidades nacidas de los progresos de la civilización».

«El concepto miseria no es absoluto. Lo que puede parecer una situación envidiable á un obrero de cierta categoría, al que una gran diferencia de cultura separa de su patrón, puede parecer á otro obrero quizá de categoría superior en inteligencia á su patrón, un estado «tal de miseria y de opresión que lo rechace con indignación».

«Desgraciadamente, en la frase en cuestión, Marx no habla tan sólo de la agravación de la miseria y de la opresión, sino también de la agravación de

la servidumbre, de la degeneración, de la explotación. ¿Debemos entender también estas expresiones en su sentido á la «Pickwick»? ¿Por ejemplo, una degeneración del obrero que lo es sólo relativamente al progreso general? No es esa mi intención, ni tampoco la de Cunow sin duda. No, Marx se expresa aquí en términos muy positivos cuando habla «del número sin cesar decreciente de los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de la evolución social y del aumento de la miseria, de la opresión, etc. (*Capital*, tomo I, cap. XXIV.)

«Es posible basar la teoría catástrofica sobre esta oposición, pero es imposible edificarla sobre la miseria moral del subordinado que es intelectualmente superior á su jefe, como se demuestra en las oficinas y en todas las instituciones jerárquicas.»

Esto es lo que se llama entrar en el fondo de la cuestión. Para Bernstein la miseria social, el contraste creciente entre la manera de vivir del burgués y la del proletario, se convierten súbitamente en miseria moral del subordinado que intelectualmente es superior á su jefe, la miseria moral del genio desconocido. Concebir la miseria como un fenómeno social y no físico, es para Bernstein dar á la palabra una significación á la Pickwick. Si así fuera, «Pickwick Club» no es un club despreciable.

Recuerdo el conocido pasaje de las *Respuestas*, de Lassalle.

«Toda miseria y todo dolor humano dependen únicamente de la relación entre las necesidades, las costumbres y los medios de satisfacerlas en un momento dado. Toda miseria y todo dolor huma-



no, lo mismo que todas las satisfacciones humanas, se miden, pues, por la comparación con la situación en que se encuentran *otros hombres de la misma época*, atendiendo á las necesidades que se han creado por la costumbre. Se apreciará, pues, la situación de una clase social comparándola con la situación de las otras clases en la misma época.»

Ya en 1850 se expresaba Rodbertus de manera análoga en su primera «carta social» á von Kirchmann.

«La pobreza es un concepto social, y por consecuencia, relativo. Yo sostengo que las necesidades legítimas de las clases trabajadoras, desde que han alcanzado una situación social más elevada, han aumentado, y que sería inexacto, hoy que han alcanzado aquella situación, que no hablásemos de una agravación de su situación material, máxime cuando los salarios continúan lo mismo... Si á esto se agrega que el aumento de la riqueza nacional le ofrece medios para que aumenten sus rentas, en tanto que este aumento sólo beneficia á las otras clases, claro es que la situación de las clases trabajadoras debe conmoverse por el antagonismo entre el deseo y la satisfacción del deseo, entre la atracción del goce y su renuncia forzosa.»

Lo que prueba que Marx pensaba esto, es que habla de la agravación de la miseria en el *Capital*, la obra en que pone de relieve la regeneración de la clase obrera inglesa por la influencia de la nueva legislación industrial. Y Engels hacía notar en 1891, el año en que se redactó el *Programa d'Erfurt* que el antagonismo creciente entre el capital y el trabajo proviene de que la clase capitalista reserva para sí la mayor parte de los productos cuya masa se agranda constantemente,

en tanto que la parte destinada á la clase obrera (calculando á tanto por cabeza) sólo crece muy lentamente y muy poco, ó no crece nada, y aun en ciertos casos *puede* disminuir, no decimos que *debe* disminuir. (Prefacio de *Salario y capital* de Marx. Véase también el prefacio de la segunda edición de la *Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra*, p. 10.)

No vamos, pues, en mala compañía con nuestro Pickwick Club. Y estos Pickwicks empezaban ya á «hablar sólo metafóricamente» de su «teoría de la miseria» cuando la estaban produciendo.

La agravación de la miseria, en el sentido social, está reconocida por los mismos burgueses; pero la dan otro nombre: la llaman *avaricia*. El nombre nos importa poco. Lo importante es el hecho de que aumenta siempre la distancia entre las necesidades del asalariado y la posibilidad de satisfacerlas por medio de su salario, y que al mismo tiempo se ensancha más el foso entre el capital y el trabajo. En esa miseria creciente de los obreros robustos física é intelectualmente, y no en una creciente desesperación de hordas escrofulosas semiembrutecidas, es en donde veía el autor del *Capital* la fuerza que ha de dar el más poderoso impulso al movimiento socialista. No se desmentirá su eficacia porque se pruebe que van mejorando las condiciones de la existencia del obrero. Sería, en verdad, muy difícil el demostrar por medio de cifras que va creciendo la miseria social. Se necesitaría un largo período de datos exactos sobre la masa de los valores creados anualmente y su distribución entre proletarios y capitalistas, si quisiéramos averiguar cuánto se ha agravado la explotación de los por-



letarios y hasta qué punto ha empeorado su situación social.

Pero tenemos algunos indicios que nos permiten reconocer la marcha de la evolución.

Marx nos ha mostrado en el *Capital* el gran medio por el cual aumentan los patronos la miseria de la clase obrera, aun allí donde el trabajo es remunerado con su justo valor, donde el salario no se ha disminuído por debajo de los gastos indispensables para la subsistencia de la clase obrera. Este medio es el esfuerzo que hacen para aumentar la supervalía absoluta y la supervalía relativa.

La manera más sencilla de aumentar la primera, es *prolongar la jornada de trabajo*. Pero este procedimiento encuentra pronto el límite de aplicación en el agotamiento del obrero. No se puede pasar de cierto punto, y una vez traspasado, hay, forzosamente, que reducir la jornada de trabajo. En el sentido de esta reducción obran una porción de factores que sería imposible enumerar aquí. El resultado es que en la lucha por la duración de la jornada de trabajo se ha impuesto en todos los países capitalistas en el transcurso de un cuarto de siglo la disminución de la jornada. Con relación á esto no se puede hablar, pues, de aumento de la miseria. Pero esta reducción está en general compensada por el aumento de la cantidad de trabajo suministrado en un tiempo determinado, por la «intensidad» del trabajo, y con frecuencia se aplican los sistemas más refinados del salario, á las primas y la participación en los beneficios. Con todo esto puede decirse que en los países de gran producción capitalista el rebajamiento del obrero por el aumento de la supervalía absoluta ha llegado á sus límites.

Pero si el capital encuentra cerrada aquella vía de aumento de la supervalía, recurre con mayor ardor á los medios de aumentar la supervalía relativa: por la división del trabajo y el perfeccionamiento de las máquinas reemplaza los obreros instruídos por obreros ignorantes, los hombres por mujeres, los adultos por niños. Este último medio está limitado por las leyes protectoras del obrero, pero de un modo muy imperfecto. La protección de los niños mayores de catorce años es insuficiente aun en las mejores legislaciones protectoras de los obreros, y quedan impunes las peores formas de la explotación de la infancia.

Los progresos de la maquinaria y del trabajo de las mujeres no encuentran obstáculos ni deben encontrarlos si no se quiere paralizar la evolución económica. En ningún caso puede impedirse á los capitalistas el empleo de estos dos medios, los más eficaces para rebajar la situación del obrero, y usarán tanto más de ellos cuanto mayor dificultad encuentren en recurrir á otros medios.

La extensión del trabajo de las mujeres y de los niños es ya un síntoma cierto de la agravación de la miseria de la clase obrera, no necesariamente de la miseria física, sino una acentuación constante de la impotencia para satisfacer las necesidades de la familia con la sola ayuda del salario del padre. No es indiferente el que este hecho provenga de que disminuya el salario ó de que las necesidades aumenten. En el segundo caso, la miseria producirá el descontento mucho antes, y este descontento producirá también, mucho antes que en el primer caso, efectos duraderos. Pero en uno y otro caso se podrá hablar de la agravación de la miseria. Allí donde el salario del padre no sea su-



ficiente para mantener á la mujer y á los hijos, sucederá que por una parte los hijos y las mujeres de los obreros tendrán que ir á la fábrica para ganar jornal, y por otra parte los hombres no se casarán y buscarán en la prostitución lo que no quieren pedir al matrimonio. De esta manera aumentará el número de mujeres solteras que se verán también obligadas á buscar trabajo. Así disuelve la familia la producción capitalista sin reemplazarla por otra, y así crea una causa de las más importantes de aumento de la miseria y de la degeneración.

El número de los matrimonios varía según las oscilaciones del movimiento de los negocios, pero decrece siempre. El siguiente cuadro da el número de matrimonios por 1.000 habitantes:

	Alemania.	Austria.	Francia.	Gran Bretaña.
1872.....	10,3	9,3	9,7	8,5
1873.....	10,0	8,9	8,8	8,6
1874.....	9,5	9,0	8,3	8,3
1880.....	7,5	7,6	7,4	7,3
1881.....	7,5	8,0	7,5	7,5
1882.....	7,1	8,2	7,4	7,6
1890.....	8,0	7,6	7,07	7,6
1891.....	8,0	7,8	7,5	7,7
1895.....	7,9	7,9	7,5	7,4

Al mismo tiempo, la proporción de las personas adultas crece con relación á la población total.

Según el censo de 1880, los niños mayores de

15 años eran en Alemania 35,4 por 100 de la población y en 1890 35,15 por 100.

El número de los casados, viudos y divorciados aumentó en el mismo lapso de tiempo desde 18.100.000 á 19.800.000, es decir, aumentó en 9,3 por 100; el de los solteros menores de 15 años pasaba desde 11.100.000 á 12.300.000, es decir, aumentaba en un 10,2 por 100.

En el mismo espacio de tiempo adquirió un desarrollo considerable el trabajo de las mujeres. En el Imperio alemán creció el número de las mujeres trabajadoras, entre 1882 y 1895, desde 5.541.517 á 6.578.350; es decir, aumentó en más de *un millón*.

En la industria y el comercio se observó el siguiente aumento desde 1882 á 1895:

	Varones.	Hembras.	Media.
Empleados...	115,6 por 100	254,7 por 100	118,9 por 100
Obreros.....	52,8 por 100	104,9 por 100	62,6 por 100

El aumento del número de las obreras era *dos veces más rápido* que el número de los obreros.

El socialista ruso P. de Struve y otros me objetaron que en América disminuye el trabajo de las mujeres.

Pero es un error.

En los Estados Unidos se han contado:



	1880.	1890.	Aumento por 100.
Obreros.....	14.744.942	18.821.090	27,64
Obreras.....	2.647.157	3.914.571	47,88

Al mismo tiempo ha aumentado la población femenina más lentamente que la masculina.

El aumento era para los obreros.....	27,64 %
Varones menores de 10 años.....	29,98 %
Obreras.....	47,88 %
Hembras menores de 10 años.....	27,93 %

La extensión del trabajo de las mujeres es una señal cierta de la agravación de la miseria, redobla la miseria. Porque la sociedad capitalista no ha creado formas más elevadas de familia para reemplazar la forma actual formada por una pareja. El trabajo asalariado de la mujer causa, pues, su agotamiento físico, porque este trabajo viene á aumentar el de la casa, y resulta de ello que la familia va empobreciéndose cada vez más, que se visita con frecuencia la taberna, que la obrera, nada preparada para su papel de ama de casa, despilfarra sin tino, porque desconoce los principios del arte culinario y de la costura. ¿De qué le sirve al obrero el aumento de los salarios, la rebaja en el precio de los cereales, si su mujer no sabe prepararle comida nutritiva y apetitosa? ¿De qué le sirve la rebaja de precios de los vestidos cuando su mujer no sabe componerlos ya usados, de suerte que se ve obligado á comprarlos con doble frecuencia que antes? He aquí cómo

el trabajo de las mujeres lleva como consecuencia la miseria física y la miseria social.

Pero esta causa de degradación creciente contribuye también á aumentar el descontento, porque la mujer se ve arrastrada en las filas del proletariado militante á luchas en las que antes permanecía indiferente, cuando era sólo ama de su casa.

Al lado de la explotación de la mujer por el trabajo asalariado, se ve crecer también la explotación de la juventud. Es lástima que el censo de los trabajadores menores de treinta años en Alemania no se hiciera en 1895 con arreglo á las mismas bases que en 1882, de manera que no puede estudiarse el desarrollo del trabajo asalariado para algunas categorías de personas menores de 20 años. No podemos establecer comparaciones entre los dos censos más que para el total de los obreros menores de 20 años.

Así vemos que su proporción por ciento es la siguiente:

	Agricultura		Industria.		Comercio.		Conjunto.	
	1882	1895	1882	1895	1892	1895	1882	1895
Obreros menores de 20 años.....	30,51	32,61	28,41	28,80	23,09	25,03	29,20	30,11

Nos falta espacio para hablar de los efectos de las máquinas y de otros diversos factores. Por otra parte ya hemos hablado del paro. Nos contentaremos con citar el siguiente párrafo del *Capital*:

«En la cuarta sección del análisis de la producción de la supervalía relativa, se veía ya que en la



sociedad capitalista no puede aumentar la productividad social del trabajo sino á expensas del obrero; que todos los medios de desarrollar la producción se convierten en medios para dominar y explotar al productor; que mutilan la personalidad del obrero convirtiéndole en una simple rueda suplementaria de la máquina; que disminuyen intelectualmente al obrero; que hacen cada vez más anormales las condiciones en que trabaja; que le someten durante el trabajo al despotismo más odioso y mezquino; que convierten toda su vida en una vida de trabajo continuo; que arrojan á la mujer y á los niños bajo las ruedas del Juggernaut Capital. Pero todos los métodos empleados para producir supervalía son al mismo tiempo métodos de acumulación, y todo progreso en la acumulación de los capitales contribuye al desarrollo de estos métodos. Resulta de todo ello que, *sea el que fuere el salario*, la situación del obrero empeora en la misma medida en que progresa la acumulación de los capitales. Finalmente, la ley que compensa la superpoblación relativa, ó reserva del ejército de industriales, por el progreso de la acumulación de los capitales, sólo sirve para encadenar al obrero al capital con más solidez que los hierros de Vulcano encadenaron á Prometeo á su roca. La acumulación de la miseria corresponde así la acumulación de capitales. En un polo se observa una acumulación de riquezas, y en el otro, una acumulación de miseria, de trabajo, de servidumbre, de ignorancia, de brutalidad, de degradación moral, y eso precisamente al lado de la clase que produce el mismo capital.» (*Capital*, tomo I.)

Aquí no habla Marx de una baja de los salarios. Más de una tendencia de las que aquí describe,

por ejemplo, el hecho de que la vida del obrero tiende á convertirse en un trabajo continuo, se ha debilitado desde entonces; pero la mayor parte de las tendencias señaladas están hoy más determinadas que nunca, y por ello mismo tenemos el derecho de hablar de una agravación de la miseria, de la servidumbre, de la degradación, de la explotación.

Pero la frase «agravación de la miseria» puede tomarse aun en un tercer sentido.

Hasta aquí sólo nos hemos ocupado de la clase de obreros asalariados, pero Marx, en el párrafo sobre las tendencias de la acumulación de los capitales, habla también de otras clases del pueblo.

Si la situación de los proletarios es la de seres miserables y esclavizados, la miseria y la esclavitud deben crecer para el conjunto del pueblo en la medida en que crece el proletariado con relación á las otras clases, y es innegable que el número de proletarios aumenta en todas partes.

Pero el aumento del número de los proletarios no es á su vez más que un síntoma y al mismo tiempo una nueva causa de la agravación de la miseria en las demás clases del pueblo.

En los dominios nuevamente adquiridos por la industria capitalista—y damos á la palabra «dominio» su sentido geográfico á la vez que el económico—la tendencia del capitalismo á acrecer la miseria se manifiesta con una energía particular, y de ella resulta, no ya tan sólo la miseria social, sino también una profunda miseria física, el hambre, la privación de lo que es indispensable para la vida.

Es un hecho conocido y también generalmente reconocido. Pero el economista burgués se consuela diciendo que sólo se trata de un hecho pasa-



jero, que es sólo la consecuencia de un período de transición, al que seguirá el mejoramiento de las clases populares.

Ello es verdad para algunas regiones y algunas ramas de la industria, pero no para el conjunto de la sociedad capitalista. Ciertamente es que una buena parte de las fracciones del proletariado se librarán tarde ó temprano, de su miseria física. Pero la forma de producción capitalista progresa continuamente, se extiende constantemente sobre nuevas ramas de la industria y sobre nuevas regiones donde arruina á los propietarios de la pequeña industria, los convierte en proletarios, los hunde en la miseria, y ese movimiento sólo acabará cuando acabe la producción capitalista, porque sólo puede existir extendiendo su dominio sin cesar.

Bernstein expone, con satisfacción, que las pequeñas industrias son aún muy numerosas en todas partes. Ya hemos visto que este hecho prueba muy poco contra la concentración de los capitales. Pero por lo menos es una nueva prueba en favor de la «teoría de la agravación de la miseria». Los modestos artistas, los comerciantes humildes, los pobres aldeanos, se empobrecen cada vez más. Si las condiciones de la vida en los burgueses mejoran con más rapidez que en los obreros asalariados, mejora más rápidamente en éstos, al menos en ciertos casos, que en los propietarios de las explotaciones pequeñas. Las capas inferiores de la pequeña burguesía, independientes al parecer, dejan cada día más de formar el anillo que une á la burguesía con el proletariado; se convierten en un lazo entre los obreros asalariados y los «vagabundos». Ellos son y no los obreros asalariados los que sin cesar aumentan la superpoblación.

De este modo se renueva sin cesar la pequeña explotación, encuentra constantemente nuevos reclutas, sean las que fueren las bajas que la bancarrota cause en sus filas. La pequeña explotación no desaparece, mas se envilece y se pierde.

Pero la miseria crece todavía de una manera más notable en los países recientemente abiertos al régimen capitalista. Acaso se creará que los obreros alemanes, ingleses, franceses, americanos no deben preocuparse de lo que ocurra en el extranjero. Son hombres modelos desde el punto de vista de la economía política nacional, dotados por consiguiente de un egoísmo de corta vista. ¿Qué les importa, se dirá, si de día en día aumenta el hambre y la miseria en Italia, en las provincias eslavas y húngaras de Austria, en los Estados balcánicos, en Rusia, en China, en el Indostán? Con tal de que mejore su propia situación, pueden estar satisfechos con el régimen capitalista.

Esos famosos hombres prácticos y «moralistas» olvidan que no existen países que no ofrezcan regiones aún intactas á la gran industria capitalista, y esas regiones son nuevos dominios para que se extienda la miseria. No es cierto que Irlanda haya dejado de representar este papel con relación á Inglaterra. La constante disminución de su población no lo prueba. Alemania posee aún Silesia. La Unión americana aún conserva sus Estados del Sur.

Pero, por otra parte, la solidaridad internacional del proletariado no es una palabra vana. Cuanto mayor es la miseria en un país, cuanto más favorables son en otros las condiciones de la vida para el proletariado, tanto más desarrollados están los medios de comunicación y más considerablemente aumenta el éxodo de las empobrecidas masas á



este último país. Los italianos, los polacos, los eslavos, los coolíes, cuando más miserable es su condición, exportan su miseria á los países más felices, donde es más fuerte la resistencia contra las tendencias degradantes del capitalismo. Su llegada disminuye aquella felicidad relativa y paraliza aquella resistencia.

Como se ve, no es una cuestión simple, sino muy compleja, la cuestión de la agravación de la miseria. Esta adopta las formas más diversas, pero todas conducen al mismo resultado: se acentúan los antagonismos sociales y cada vez es más ruda la lucha del proletariado contra la opresión capitalista.

Hemos visto cómo allí donde la producción capitalista se apodera de una nueva rama de la industria ó de un nuevo país, se desarrolla mucha miseria física. En las ramas de la industria y las regiones donde está muy desarrollada, cuando el proletariado aumenta en fuerza, puede luchar contra la miseria física. Pero la miseria social continúa agravándose porque las máquinas y la división del trabajo, que hacen la tarea monótona y desagradable, progresan siempre, porque el trabajo de las mujeres y de los niños que reemplazan á los obreros más instruidos se generaliza, porque la existencia está menos asegurada, porque las condiciones de vida mejoran menos rápidamente para los proletarios que para los burgueses.

Posible es que puedan escapar á esta miseria fracciones de la clase obrera especialmente favorecidas por la suerte y puedan elevarse á otras condiciones de vida que haga posible la comparación con las condiciones de la vida burguesa. Pero también para ellas subsistirá la tendencia á la agravación de

la miseria que domina en todo el régimen capitalista; estos obreros están expuestos sin cesar al peligro de perder su situación privilegiada, volviendo á caer en la miseria, lote común de la clase obrera, por consecuencia de una crisis, de un invento, de una coalición de fabricantes, de la concurrencia de otras capas inferiores del proletariado.

Resulta, pues, la miseria por todas partes, bajo el régimen capitalista, una miseria tanto más profunda cuanto mayor es el número de proletarios y la pequeña explotación está más esclavizada por el capital. Pero también resulta una lucha siempre más encarnizada contra la miseria, un descontento sin cesar creciente de la clase obrera contra la dominación capitalista.

He aquí mi manera de concebir esta teoría marxista, á la que los críticos del marxismo han llamado «teoría del crecimiento de la miseria». Bernstein declara que ya ha pasado su moda, pero no ha demostrado cómo se la refuta, ni siquiera ha demostrado lo que ella significa.

Las tendencias de las diferentes formas de la miseria que hemos indicado, están tratadas bajo sus principales aspectos en el *Capital* de Marx. Sólo nos faltaría estudiar si las tendencias aquí descritas han sido bien formuladas en el pasaje en cuestión del *Capital*. No he de entrar á discutir cuestión de palabras. Me parece que la redacción de este pasaje para todos los que conozcan el *Capital* es perfectamente clara, sin equívoco, inatacable. Nunca la he comprendido más que en el sentido aquí explicado. Pero esta cuestión es de importancia muy secundaria. Las consideraciones del *Capital* sobre la situación del proletariado no han sido refutadas, porque Bernstein da á las palabras



«misericordia» y «degradación» el sentido que menos responde á la realidad.

Si abandonando la teoría de la agravación de la miseria volvemos á la cuestión, ¿qué se hace del aumento de riqueza de la sociedad capitalista?, podremos responder: esta teoría no implica de ninguna manera que el aumento de riqueza no vuelva á las clases trabajadoras. Ciertamente la producción capitalista tiene siempre tendencia á rebajar al proletariado y á toda la masa del pueblo creando sin cesar una nueva miseria, pero creando también fuerzas que tienden á limitar aquella miseria. No es la miseria física, sino la miseria social la que crece constantemente, es decir, la oposición entre las necesidades resultantes del nivel de la civilización y los medios de que dispone el obrero para satisfacerlos; en una palabra, la *cantidad* de los productos que corresponde á cada obrero puede crecer; la *parte* que le toca de los productos que ha creado, disminuye.

g) **La nueva clase media.**

Antes de concluir con el asunto del aumento del número de poseedores, queremos estudiarle todavía desde otro punto de vista, en la hipótesis, ahora, de que Bernstein haya entendido, no el aumento del número de propietarios de los medios de producción, sino el de las capas de población, que, por su renta, constituyen la clase media. Este punto de vista explicaría por qué da tanta importancia á las estadísticas del impuesto sobre la renta, que en nada afecta al reparto de la propiedad. Por otra parte, cierto número de sus consideraciones indican que este era su pensamiento,

por más que en otros pasajes se refiere indiscutiblemente al aumento del número de capitalistas.

Estariamos completamente de acuerdo con Bernstein, si hubiese querido expresar que la clase media no muere, sino que otra nueva ocupa el lugar de la antigua, que los «intelectuales» toman posesión de los puestos que quedaron vacíos por consecuencia de la desaparición de los artesanos que trabajan por su cuenta y de los pequeños comerciantes. Séame permitido recordar aquí que desde 1895, en una serie de artículos de la *Neue Zeit* sobre «los intelectuales y el Partido Socialista» ya me ocupaba del nacimiento de esta clase media y declaraba que uno de los problemas más importantes de nuestro Partido estriba en investigar los medios para hacer nuestra á esta clase de la población. «Se forma una nueva clase media muy numerosa, que aumenta sin interrupción y cuyo crecimiento puede compensar en ciertas circunstancias las pérdidas que la decadencia de la pequeña industria y el pequeño comercio ocasiona á la clase media.» (*Neue Zeit*, XIII, 2, pág. 16.)

La principal causa del crecimiento de esta capa de población consiste en que los miembros de las clases explotadoras delegan cada vez más sus funciones en trabajadores inteligentes asalariados, que venden sus servicios uno á uno, como los médicos, los abogados, los artistas, ó que reciben en cambio un sueldo fijo como los funcionarios de todas clases. En la Edad Media, el clero era el que suministraba los sabios, los médicos, los artistas y una parte de los empleos de la administración; la nobleza se encargaba también de la administración pública, de la justicia, de la política y sobre todo del servicio militar.



El Estado moderno y la ciencia moderna han despojado á estas dos clases de sus funciones, pero estas clases subsistieron, perdiendo con su significación social una gran parte de su independencia.

Las funciones de que fueron despojados adquirieron cada vez más importancia y el número de los trabajadores que las desempeñan crece de año en año con las cargas que la evolución social impone al Estado, á los Ayuntamientos, á la ciencia.

Ahora bien: la clase capitalista ha empezado ya también á delegar sus funciones comerciales é industriales encomendadas á trabajadores asalariados, comerciantes, ingenieros y otros. Al principio sólo fueron auxiliares del capitalista que les encargaba de la parte de sus funciones relativas á la vigilancia, la organización del trabajo, la compra de medios de producción, la venta de los productos, de que él mismo no podía encargarse por falta de la educación profesional especial, cada vez más necesaria. Por fin, el capitalista resulta superfluo con el sistema de las Sociedades anónimas, que hasta entregan á los asalariados la alta dirección de las Empresas. No cabe duda que el sistema de las Sociedades anónimas contribuye á aumentar el número de los empleados bien retribuidos y favorece la formación de la nueva clase media.

¶ Cuando Bernstein convierte en poseedores á los que tienen una renta media, puede afirmar ciertamente que las Sociedades anónimas contribuyen á aumentar su número, pero no dividiendo el capital.

Los intelectuales forman la clase de la población que crece más rápidamente. Según los censos alemanes el número de obreros dedicados á la industria y al comercio aumentó en 62,6 por 100 desde 1882 á 1895, y el de los empleados en

118,9 por 100. Sin embargo, este aumento rápido no fué todavía suficiente para detener el movimiento de retroceso relativo del número de los patronos, que no se elevó en valor absoluto más que en 1,3 por 100. El personal de las explotaciones se distribuía en la siguiente forma:

	1882	1895
Patronos.....	39,6 %	28,7 %
Empleados.....	2,8	4,4
Obreros.....	57,6	66,9

Si quisiéramos contar los empleados juntamente con los patronos en el número de los «poseedores», la proporción de éstos bajaría desde 1882 á 1895 de 42,4 á 33,1 por 100. Pero aun esta manera de calcular no nos daría el resultado que Bernstein proclamaba.

El resultado es el mismo si, como permite la estadística de profesiones, incuyéramos á los agricultores en nuestra cuenta. En el Imperio alemán existían por cada 100 habitantes con una profesión:

	Patronos.	Empleados.	Obreros.
Agricultura.....			
{1882..	27,78 %	0,81 %	71,41 %
{1895..	30,98	1,16	67,86
Industria.....			
{1882..	34,41	1,55	64,04
{1895..	24,90	3,18	71,92
Comercio.....			
{1882..	44,67	9,02	46,31
{1895..	36,07	11,20	52,73
TOTALES.....			
{1882..	32,03	1,90	66,07
{1895..	28,94	3,29	66,77